



EL MEDITADOR

Por Ada Albrecht

Era chino, y años atrás había llegado a la India en busca de sabiduría. Se llamaba Lun Tu, y toda su pertenencia era una alforja llena de hierbas extrañas.

—Mis hierbas no curan —solía decir a quienes le preguntaban acerca de ellas. Y luego agregaba:

—Ellas tienen otro destino.

Y luego continuaba pacíficamente su camino.

Cierta vez llegó al *Ashram* del *Guru Varayam*, un Maestro devoto del Señor Vishnu. Lun Tu se postró varias veces ante él, agradeciendo a la vida por el milagro de estar frente suyo.

Habiendo sido adoptado como discípulo por el *Guru*, Lun Tu permaneció junto a él por mucho tiempo, sirviéndolo y aprendiendo acerca del Sendero Espiritual.

Un día Varayam le dijo:

—Has aprendido suficiente. Regresa ahora a China y sigue el Camino Espiritual sin desviarte.

El Camino Espiritual, según su *Guru Varayam*, era uno solo: la meditación constante en el Divino Padre.

Lun Tu era un discípulo perfecto, de modo que aprendió muy bien esta sublime enseñanza. Y como le pidiera su Maestro, luego de despedirse de éste con amor y reverencia, emprendió el viaje hacia su tierra natal, llevando consigo su bolsa de hierbas, que al parecer era su única pertenencia en este mundo.

China se hallaba muy lejos y era largo el viaje. Así fue como sus sandalias conocieron innumerables caminos. Anduvo por bosques y montañas, por aldeas y ciudades, por riberas y selvas, y eran muchas las personas que se acercaban hasta él, pero nunca permitía que nadie lo distrajese de su único afán: la meditación en el Señor.

De tanto en tanto, como es de suponer, algún curioso, al verlo sentado bajo un árbol, o a la vera de un camino, se acercaba hasta él con diversas preguntas.

Cierta vez, un vendedor ambulante de chapatis —una clase de panecillos hindúes—, lo vio y sintió gran curiosidad, lo cual era bastante comprensible, ya que Lun Tu era un chino vestido como *Sannyâsin* hindú que se hallaba meditando bajo una higuera.

El vendedor le dijo:

—Dime, ¿quién eres?, ¿y qué haces vestido de *Sannyâsin*?, ¿de dónde vienes?, ¿en qué meditas?

Lun Tu permaneció en silencio.

El vendedor de chapatis dijo entonces:

—¿Acaso no sabes hablar? ¿No has oído mis palabras?

Como vio que se trataba de alguien muy insistente, Lun Tu le sonrió y extendiendo su mano le ofreció una de las misteriosas hierbas que llevaba en su alforja.

El vendedor dijo:

—¿Y ahora por qué me alcanzas esas hierbas?

Lun Tu no contestó, pero insistió en que tomara la hierba que le alcanzaba.

—¡Estas hierbas están ya secas! —replicó el vendedor de mal humor.

Pero de todos modos, las tomó y las estrujó entre sus manos, llevándolas luego a la nariz, para ver si aún les quedaba algún perfume que permitiese saber de qué hierbas se trataba. Hacerlo y huir corriendo rápidamente fue todo uno.

Luego, Lun Tu, retomó su meditación que había sido momentáneamente interrumpida.

El vendedor de chapatis nunca más volvió a molestar a Lun Tu.

La verdad es que esto acontecía con muchos de los curiosos que se acercaban a Lun Tu. Esa era la razón por la cual Lun Tu, podía permanecer solo, meditando como le enseñara su amado maestro Varayam, sin que nadie lo interrumpiera con sus preguntas o sus conversaciones vacías.

Pero... ¿qué eran esas hierbas?, ¿y qué propiedades poseían?

Cierta vez, Lun Tu, mientras hablaba con su Señor, dijo las siguientes palabras:

—Soy esclavo de mi ignorancia. Necesito Verte en mí, Padre del Mundo, y hasta que no logre hacerlo, menester es que me defienda como pueda de otros ignorantes como yo, que movidos por la curiosidad, vienen a interrumpir los deberes de mi corazón, los cuales son nombrarte constantemente. Este corazón mío aún duerme, aún permanece inconciente de Ti. Es cierto que late, pero todavía es sólo una máquina de hacer vida; mi esfuerzo deberá convertirlo en ave dispuesta a abandonar el tiempo, para sumirse en la Eternidad que eres Tú. ¿No diste garras a Tus hijos los tigres, para que se protejan de sus agresores? Toda criatura Tuya se halla cuidada por Ti. Yo también me hallo cuidado... con algunas humildes hierbas poseedoras de flores Li Hu. Ellas no hacen mal a nadie, y su perfume es sabio, es inteligente. A los que no poseen inclinación

por lo Divino, a quienes Dios les resulta indiferente, el aroma de las flores Li Hu los aparta del sendero de aquellos han puesto su corazón en el Celeste. Los magos de la corte de Shien, la Corte de mi venerable padre el Rey, me las dieron como protección para mi camino de Discípulo. Son flores que nacen en las cumbres de la sagrada montaña de Kio. Los ángeles del cielo son quienes las cuidan y celan, para que protejan a las almas humildes, deseosas de cruzar el mar de la manifestación, en busca de la playa donde mora el Gran Inmanifestado...

Y Lun Tu, el enamorado del Cielo, prosiguió su camino, con las flores Li Hu en su humilde bolsa, y el recuerdo constante del Señor, en su corazón.

Del libro Bhakti Sûtras con notas pedagógicas, Ed. Hastinapura
